

LA FUNCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ITALIA

(Publicado en «Il Comunista», 6-2-1921)

La revolución rusa, alemana y de otros países ha mostrado que la conquista del poder por el proletariado y el período de la Dictadura están precedidos por una fase histórica caracterizada por el traspaso del poder a los partidos socialdemócratas, o a una coalición de estos con los partidos burgueses. Después de estos acontecimientos, uno se pregunta con frecuencia si tal fase se verificará igualmente en los países occidentales como prólogo de la revolución proletaria. Según algunos, incluso en Italia, deberíamos atravesar este período antes de ir más lejos, y sería por lo tanto una buena táctica, incluso desde el punto de vista revolucionario, provocar la famosa experiencia del gobierno socialdemócrata para llevar este desarrollo histórico necesario hasta sus últimas consecuencias. Por el contrario, según los comunistas, este período no tiene ningún carácter de necesidad histórica y el movimiento revolucionario debe tender directamente a la instauración de la dictadura del proletariado para la lucha directa contra el régimen burgués actual.

Naturalmente, es la segunda opinión la que representa la justa solución del problema. Sin embargo, nos parece que una apreciación más exacta de los caracteres y de la función del socialdemocratismo es necesaria si se quiere dar una respuesta crítica completa a la cuestión, y extraer de ella las conclusiones tácticas que nos interesan.

Un régimen democrático burgués que tiene un programa de reformas radical-socialistas se presenta realmente como un término medio entre el orden actual y el del proletariado allí donde el advenimiento de la burguesía capitalista propiamente dicha no es un hecho consumado, y donde existen todavía formas políticas y sociales atrasadas generalmente superadas en la sociedad actual. Incluso en estas condiciones, no hay ninguna duda para los marxistas de que, comprendiendo y reconociendo teóricamente que la constitución de un régimen parlamentario constituye un paso hacia adelante hacia el más amplio desarrollo de la lucha proletaria, los comunistas deben combatir no solamente a la vieja clase dominante y a sus partidos, sino a la nueva que intenta reemplazarla en el poder, negarse a firmar un trato con ella y esforzarse en derrocarla lo más pronto posible, con el fin de no dejar pasar el corto período durante el cual el poder del Estado no tiene ninguna base estable y es más fácil apoderarse de él. Por mucho que puedan decir al respecto aquellos que ignoran el marxismo, tal fue el pensamiento de Marx y de los comunistas de cara a la situación de Alemania y de otros países en 1848, y tal es también la gran enseñanza de la revolución rusa.

Pero entonces no se debe ni se puede hablar de una función histórica de la socialdemocracia en los países de la Europa Occidental donde el régimen democrático existe desde hace mucho tiempo y ha entrado en una fase de decadencia en la cual no es más que una supervivencia histórica. Para nosotros, no puede haber otro traspaso revolucionario del poder más que de las manos de la burguesía a las del proletariado, de tal forma que no se puede concebir otra forma de poder proletario que la dictadura de los consejos.

Hacer esta evidente constatación no lleva, sin embargo, a excluir el que la socialdemocracia ejerza o se prepare para ejercer una función incluso en los países occidentales. Los partidos socialdemócratas sostienen que la época de la democracia no ha terminado todavía, y que el proletariado podrá utilizar aún para los fines de clase las formas políticas de esta democracia. Pero como es evidente que, sobre todo en las condiciones actuales heredadas de la guerra, el proletariado no saca ningún provecho de su existencia, los socialdemócratas se

ven obligados a prever y a proponer formas democráticas más perfectas y más completas según ellos, pretendiendo que el actual sistema actúa contra el proletariado únicamente porque no es verdadera e íntimamente democrático. De ahí, todos los proyectos de instituciones nuevas sobre la base de la república, de la ampliación del derecho de voto, de supresión del Senado, de extensión de las funciones y de los derechos de los Parlamentos, y todo lo demás.

Tanto como la crítica teórica, la experiencia de las últimas revoluciones demuestra que todo este bagaje político no es más que un disfraz que disimula el último programa y el único método de gobierno que convienen a la burguesía en las críticas condiciones de hoy. Los gobiernos de este tipo no constituyen en absoluto una transición hacia la conquista del poder por las masas proletarias, sino que por el contrario son el último baluarte, y el más eficaz, de la dominación burguesa contra la amenaza revolucionaria. Su contenido teóricamente democrático deja paso a la dictadura y al terror dirigidos contra el proletariado y el comunismo, confirmando nuestra doctrina que proclama que la democracia está históricamente muerta.

La socialdemocracia tiene por lo tanto una función específica en este sentido, que tendrá probablemente en los países occidentales, un momento en el cual los partidos socialdemócratas irán al gobierno, solos o con los partidos burgueses. Pero allí donde el proletariado no tenga la fuerza para evitarlo, tal punto medio no representará una condición positiva, una condición necesaria para el advenimiento de las formas y de las instituciones revolucionarias, una preparación útil para el asalto revolucionario: será por el contrario una tentativa desesperada de la burguesía para privarlo de su fuerza y desviarla, y en el caso de que le quedase a la clase obrera suficiente energía para levantarse contra el legítimo, humanitario, el buen gobierno socialdemócrata, para aplastarlo sin piedad bajo los golpes de la reacción.

No se puede, por lo tanto, prever ningún tipo de transición entre la dictadura actual de la burguesía y la dictadura proletaria, pero se puede y, si se es comunista, se debe prever una forma última e insidiosa de la dictadura burguesa que justificará el envío de todo el aparato del Estado y, por lo tanto, de defensa del capitalismo, a los social-traidores, por la necesidad de cualquier cambio formal y puramente aparente de las instituciones.

Desde el punto de vista táctico, los comunistas que hacen esta previsión no se resignan de ningún modo a que ésta se lleve a cabo, justamente porque ellos le deniegan el carácter de una necesidad histórica universal. Fortalecidos por su experiencia internacional, se proponen desenmascarar anticipadamente el juego insidioso de la democracia, y comenzar su ataque contra la socialdemocracia sin esperar a que su función contrarrevolucionaria se revele con el estallido de los mismos hechos. Ellos intentarán preparar al proletariado para ahogar en germen ese producto monstruoso de la contrarrevolución, sin excluir que sea necesario dar el asalto final a un gobierno con pretensiones socialistas llegado al poder como último recurso de la burguesía.

En cuanto a las proposiciones tácticas tortuosas de comunistas que se han pasado al otro lado de la barricada, y que consisten en favorecer el acceso de los socialdemócratas al poder, no solamente estas proposiciones muestran una total incomprensión de los problemas tácticos tal como el método marxista los plantea, sino que esconden la peor de las trampas. Es necesario desatar al proletariado de los hombres y del partido destinados a cumplir la función contrarrevolucionaria de la socialdemocracia, separando de antemano las

responsabilidades de la manera más decidida. Naturalmente, esto desanimará a estos hombres y a estos grupos y retrasará el momento en que ellos acepten la invitación de la burguesía para asumir el poder, pero es precisamente mejor que se resignen solamente a la última extremidad, porque entonces, esta misma maniobra será impotente para detener el proceso de descomposición del aparato del Estado burgués. Incluso si es casi seguro que la batalla final se librará contra un gobierno de ex-socialistas, nuestra tarea no es de ningún modo facilitarles el acceso al poder; sino, por el contrario, preparar al proletariado para lanzarles de buenas a primeras una declaración de guerra, en lugar de ver en ellos una promesa de tregua en la lucha de clases y una solución pacífica a los problemas de la revolución. Por lo tanto, no se podrá preparar a las masas para esto, más que a condición de haber denunciado con anterioridad ante ellas

los métodos y los designios del movimiento socialdemócrata, de igual forma que sería un error colosal el parecer que se consiente una experiencia de gobierno socialista.

Por todas estas razones, nosotros decimos que la táctica revolucionaria debe estar fundada sobre una experiencia no solamente nacional, sino internacional, y que gracias a la obra infatigable de los Partidos de la Internacional Comunista, el martirio de los proletarios de Hungría, de Finlandia y de otros países deberá bastar para advertir al proletariado occidental para que aprendan, con el precio de su sangre, cuál es la verdadera función de la socialdemocracia en la historia. El socialdemocratismo intentará fatalmente seguir su vía hasta el final, pero los comunistas deben proponerse barrerlo lo más pronto posible, antes de que consiga colocar el puñal de la traición en los riñones del proletariado.